

En aquel sitio, profunda paz, silencio absoluto, noche pavorosa.

La impresion que habia él experimentado ya otra vez, al caer desde la calle en el convento, le avino en aquel instante y se renovó en su mente. Sólo que lo que él conducía ahora no era ya Coseta; era Marius.

Apénas si distinguía él en este momento sobre su cabeza como un vago murmullo, el formidable tumulto de la taberna tomada por asalto.

LIBRO SEGUNDO

EL INTESTINO DE LEVIATAN

I

LA TIERRA EMPOBRECIDA POR EL MAR

Paris arroja al agua cada año veinticinco millones de francos. Y esto sin metáfora ni exageracion. ¿Cómo, y de qué manera? de dia y de noche. ¿Con qué objeto? sin objeto ninguno. ¿Con qué idea? sin idea ninguna, sin pensar en ello siquiera. ¿Por qué causa? por nada. ¿Por medio de qué órgano? por medio de su intestino. ¿Cuál es su intestino? sus alcantarillas.

Veinticinco millones es el más moderado de los guarismos aproximativos que suministran las evaluaciones de la ciencia especial.

Después de haber marchado á tientas largo tiempo, la ciencia sabe hoy que el más fecundante y el más eficaz de los abonos, es el abono humano. Los chinos, digámoslo para vergüenza nuestra, lo sabían ántes que nosotros. Ekeberg dice que ningun labriego chino va nunca á la poblacion sin llevarse de ella al campo, en las dos extremidades de su bambú, dos cubos llenos de lo que nosotros llamamos inmundicias. Gracias al abono humano, la tierra en China se halla aún tan jóven y tan lozana como en tiempo de Abraham. El trigo chino produce hasta ciento veinte veces la cantidad sembrada. Ciento veinte por uno! No hay ningun guano comparable en fertilidad al detritus de una capital. Una gran ciudad es el más poderoso y rico estercolero. Emplear la ciudad en estercolar la llanura, sería un negocio magnífico, inmenso y seguro. Si nuestro oro es estiércol, en cambio nuestro estiércol es oro.

¿Qué se hace de este oro-estiércol? se le barre y se desperdicia.

Envíanse costosas expediciones navales destinadas á recoger en el polo austral el fiemo de los petrales y de los pinguinos, miéntras que el elemento de incalculable opulencia que se tiene á la mano se le arroja al mar. Todo el abono humano y animal que el mundo pierde, devuelto á la tierra en vez de echarle al agua, bastaría para sustentar al mundo entero.

Esos montones de basura que se depositan junto á los guardacantones, esos carromatos que traquean de noche y por las mañanas en las calles, esos asquerosos toneles de la limpieza, esas hediondas corrientes de fango subterráneo que os oculta el empedrado, ¿sabéis lo que es? Todo eso es la pradera en flor, es la verde yerba, es el sérpul, la salvia, el tomillo; es la caza, es el rebaño, la manada de reses y de ovejas, la yeguada; es el mugido satisfecho d

los grandes bueyes á la caída de la tarde; es el perfumado heno, el fresco forraje, el dorado trigo, el pan sobre vuestra mesa, la sangre caliente en vuestras venas, la salud, la alegría, la vida. Así lo quiere esa creacion misteriosa que es la transformacion en la tierra, y la transfiguracion en el cielo.

Devolved todo eso al gran crisol, y veréis cómo sale de él la abundancia para vosotros. La nutricion de las plantas constituye el alimento y el sustento del hombre.

Vosotros sois indudablemente muy dueños de perder toda esa riqueza, y aún, á mayor abundamiento, hallarme á mi ridículo. Pero esto no será sino la obra maestra de vuestra ignorancia.

La estadística ha calculado que sólo la Francia es tributaria del Atlántico, por la boca de sus rios, de un valor de quinientos millones de francos. Notad bien esto: con esos quinientos millones, se pagaría la cuarta parte de los gastos del presupuesto. La habilidad del hombre es tal, que prefiere él desembarazarse de esos quinientos millones y tirarlos al arroyo. Es la sustancia misma del hombre lo que arrastran y se llevan consigo, aquí gota á gota, allá á torrentes y á mares, el miserable vómito de nuestras cloacas y alcantarillas en los rios, y el gigantesco acarreo de nuestros rios hácia el Océano. Cada resuello de nuestros sumideros nos cuesta mil francos. Y esto produce por de pronto dos resultados directos: la tierra empobrecida y el agua apestanda. El hambre saliendo del surco y la enfermedad saliendo del rio.

Es una cosa muy notoria, por ejemplo, que, á estas horas, el Támesis envenena á Londres.

Por lo que hace á París, han debido, en estos últimos tiempos, transportar la mayor parte de los desaguaderos de alcantarillas, rio abajo, más allá del último puente.

Un doble aparato tubular, provisto de válvulas y de

compuertas, aspirante é impelente, un sistema de *drainage* elemental, sencillo, como el pulmon del hombre, y que ya se halla funcionando maravillosamente en varios pueblos de Inglaterra, bastaria para conducir á nuestras ciudades el agua pura de los campos y para enviar á los campos el agua enriquecida y nutritiva de nuestras ciudades; y este fácil va-y-ven, el más sencillo del mundo, retendria entre nosotros los quinientos millones que hoy desperdiciamos. Pero, en vez de pensar en esto, se piensa en otras cosas.

El procedimiento actual produce el mal, queriendo producir el bien. La intencion es buena, pero el resultado es triste. Créese expurgar la ciudad, y se marchita y enerva la poblacion. Una cloaca es un error de cálculo. Cuando el *drainage*, con su doble funcion, restituyendo lo que recibe, haya reemplazado en todas partes á la alcantarilla, simple lavado que empobrece, entónces, hallándose todo esto en combinacion con los datos de una nueva economía social, el producto de la tierra será décuplo de lo que es hoy, y el problema de la miseria quedará singularmente atenuado. Añádase á esto la supresion de los parasitismos, y estará resuelto.

Entre tanto, la riqueza pública se tira al arroyo, y se sufre por este respecto una merma considerable. Merma ó averia muy positiva, arruinándose así paulatinamente la Europa, por extenuacion y por consuncion.

Por lo que hace á la Francia, acabamos de expresar su guarismo. Ahora bien, conteniendo Paris la vigésima quinta parte de la poblacion francesa en su totalidad, y siendo el guano de Paris el más rico de todos, es todavía un cálculo muy inferior á la verdad el que evalúa en veinticinco millones la parte de pérdida de Paris en los quinientos millones que la Francia desperdicia anualmente. Estos cincuenta millones, empleados en asisten-

cia y en goces, doblaria el esplendor de París. La ciudad los gasta en cloacas. De modo que puede decirse que las grandes prodigalidades de París, sus fiestas maravillosas, sus encantos de Beaujon, sus orgías, sus ricos veneros y copiosas corrientes de oro, su fasto, su lujo, su magnificencia, todo es su cloaca, sus alcantarillas.

Así sucede que, en la ceguedad de una mala economía política, se ahoga y se deja arrebatar por la corriente del agua y perderse en los abismos el bienestar de todos. Deberia haber redes de Saint-Cloud¹ para la fortuna pública.

Económicamente hablando, este hecho puede resumirse así: Paris es un cesto con el fondo roto.

Paris, esta ciudad modelo, este patron de las capitales bien hechas, de la cual procura cada pueblo sacar una copia, esta metrópoli del ideal, esta patria augusta de la iniciativa, de la impulsión y del ensayo, este centro y esta morada de los talentos, esta mansion del genio, esta ciudad nacion, esta colmena del porvenir, este maravilloso compuesto de Babilonia y de Corinto, bajo el punto de vista que acabamos de señalar, haria encogerse de hombros á un labriego de Fa-Kian.

Imitad á Paris, y os arruinaréis.

Por lo demas, y sobre todo tratándose de este despilfarro inmemorial é insensato, Paris mismo imita.

Esas sorprendentes ineptias no son nuevas; no son disparates propios de la juventud. Los antiguos obraban lo mismo que los modernos. « Las cloacas de Roma, dice Liebig, han absorbido todo el bienestar del labrador romano: » Cuando la campaña de Roma fué arruinada por la alcantarilla romana, Roma agotó á la Italia, y cuando

¹ Las redes de Saint-Cloud recogen allí, en las aguas del Sena, todos los cadáveres y otros objetos que arrastra el rio á su paso por Paris. (N. del T.)

hubo arrojado la Italia en su cloaca, arrojó también la Sicilia, y después la Cerdeña, y por último el África. La cloaca de Roma ha sido el sumidero del mundo. Aquella cloaca ofrecía su tragadero á la ciudad y al universo. *Urbi et orbi*. Ciudad eterna, cloaca insondable.

Para estas cosas como para otras muchas, Roma ha dado el ejemplo.

Ejemplo que sigue París con toda la estupidez propia de los pueblos de talento.

Para las necesidades de la operación acerca de la cual acabamos de explicarnos, París tiene debajo de él otro París; un París de albañales y cloacas, el cual posee sus calles, sus encrucijadas, sus plazas, sus callejones sin salida, sus arterias y su circulación, que es fango, con la forma humana de ménos.

Pues nada ni á nadie se debe adular, ni siquiera á un gran pueblo; allí donde lo hay todo, hay la ignominia al lado de la sublimidad; y si París contiene á Athénas, la ciudad de la luz, á Tyro, la ciudad del poderío, á Esparta, la ciudad de la virtud, á Nínive, la ciudad de los prodigios, también contiene á Lutecia, la ciudad del lodo.

Por lo demás, hasta en esto muestra ella el sello y el carácter de su gran poder; y la titánica sentina de París realiza, entre los monumentos, ese extraño ideal realizado en la humanidad por algunos hombres tales como Machiavelo, Bacon y Mirabeau: lo grandioso abyecto.

Si la vista pudiera penetrar al traves de la superficie ó corteza que forma el suelo de París, el vasto subterráneo de la ciudad ofrecería el aspecto de una madrépora colosal. Una esponja no tiene más boquetes, canalizos y corredores que el pedazo de tierra, de seis leguas de circunferencia, sobre el cual reposa la antigua gran ciudad. Sin hablar de las catacumbas, que son una cueva aparte, sin ocuparnos tampoco del inextricable enrejado de los

conductos de gas, sin contar el vasto sistema tubular de la distribución de agua potable que va á parar á las fuentes del vecindario, solamente las alcantarillas, las inmensas cloacas de París, forman, en los subterráneos de ambas orillas del Sena, una red prodigioso y tenebrosa, un laberinto cuyo hilo es su propio declive.

Allí, en medio de la húmeda y densa bruma, aparece la rata, como el producto ó el feto de la parturiente Lutecia.

II

LA HISTORIA ANTIGUA DE LAS ALCANTARILLAS

Si se considera á París levantado de su sitio como una cobertera, la red subterránea de las cloacas, mirada á vista de pájaro, dibujaría en las dos orillas una especie de rama grande inertada en el río. En la orilla derecha, la vasta alcantarilla del recinto será el tronco de esta rama, los conductos secundarios serán los ramos, y los callejones sin salida formarán los ramitos ó extremidades.

Esta figura no es sino somera y medio exacta, puesto que el ángulo recto, que es el ángulo habitual de este género de ramificaciones subterráneas, es muy raro en la vegetación.

Para formar una imágen más parecida de ese extraño plano geométrico, supongamos que se vea perpendicular ó verticalmente, sobre un fondo de tiniebla, algún raro a'rbeto del Oriente revuelto y barajado en la mayor

confusion, y cuyas letras deformes se hallasen soldadas entre si en un désorden aparente, y como á la ventura, unas veces por sus ángulos, otras por sus extremidades.

Las sentinas y las alcantarillas desempeñaban un gran papel en la edad média, en el Bajo-Imperio y en el antiguo Oriente. De ellas nacia la peste, y en ellas solian morir los déspotas. La muchedumbre miraba casi con un respeto religioso esos lechos depodedumbre, cunas monstruosas de la muerte. La fosa de los gusanos y reptiles de Benarés no es ménos vertiginosa que la Fosa de los Leones de Babilonia. Teglath-Phalasar, segun dicen los libros rabínicos, juraba por la sentina de Ninive. De la cloaca de Munster fué de donde Juan de Léyden hacía salir su falsa luna, y del pozo-alcantarilla de Kekhscheb de donde su menecmo oriental, Mokanna, el profeta velado del Khorassan, hacía salir su falso sol.

La historia de los hombres se refleja en la historia de las cloacas. Las gemonias eran una relacion de Roma. Las alcantarillas de París han sido tambien en la antigüedad una cosa formidable. Fueron sepulcro, y fueron asilo. El crimen, la inteligencia, la protesta social, la libertad de conciencia, el pensamiento, el robo, todo cuanto las leyes humanas persiguen ó han perseguido, ha ido á ocultarse en ese agujero; los maceros (*maillotins*) en el siglo catorce, los roperos (*tire-laine*) en el siglo quince, los hugonotes en el diez y seis, los iluminados de Morin en el diez y siete y los calentadores (*chauffeurs*) en el siglo diez y ocho. Hace cien años, salía de allí la puñalada nocturna, el ratero que se veia en peligro se escurria en aquella lóbrega cueva; el bosque tenía la caverna; París tenía la cloaca. La truhanería (*truanderie*), esta pillería gala, aceptaba la cloaca como sucursal de la Cour-des-Miracles; y por la noche, sagaz y feroz, se volvía á entrar bajo el vomitorio Maubée, como si entrara en una alcoba.

Era cosa muy natural que los que tenían por lugar de trabajo cotidiano el callejón sin salida de Vide-Gousset, ó la calle Coupe-Gorge, tuvieran por domicilio nocturno la alcantarilla del Chemin-Vert, ó el caño de Hurepoix. De aquí una infinidad de recuerdos. Aquellos largos y solitarios corredores son frecuentados por toda especie de fantasmas: los miasmas y la podredumbre se hallan allí por todas partes; distinguiéndose acá y acullá un respiradero donde Villon platica desde dentro con Rabelais que está á la parte de afuera.

En el antiguo Paris, las alcantarillas son el punto de reunion de todos los desfallecimientos y de todos los ensayos. La economía política ve allí un detritus, la filosofía social ve un residuo.

La cloaca es la conciencia de la ciudad. Todo se precipita allí en direcciones convergentes, y todo se confronta. En aquella mansion livida, hay tinieblas, pero no hay ya secretos. Cada cosa tiene su verdadera forma, ó, á lo ménos, su forma definitiva. El montón de basura tiene esto en su favor, que no es mentiroso. En él se refugia la más cándida sencillez. La máscara de Basilio se encuentra allí, pero se la ve el cartón y las cuerdas, el interior como el exterior, y se halla acentuada con una respetable cantidad de lodo. Junto á ella está la nariz postiza de Scapin. Todas las suciedades de la civilizaci6n, una vez declaradas fuera de servicio, caen en aquella fosa de la verdad, adonde va á parar todo el inmenso deslizamiento, toda la descomposici6n social. Allí se sumergen y se ostentan á la vez. Aquella baraúnda es una verdadera confesi6n. No más falsas apariencias en aquel lugar; allí no hay jalgue posible; la basura se quita su camisa, quedando en la desnudez más completa y absoluta, derrotada, las ilusiones y las plácidas visiones, sin que quede ya más que lo que es en realidad, haciendo la triste figura de todo lo

que acaba. Realidad y desaparici6n. Allí un fondo de botella acusa la borrachera, un asa de cesto revela la domesticidad; allí el corazón de camuesa que ha tenido opiniones literarias vuelve á ser corazón de camuesa; la efigie de una moneda de dos sueldos se cubre francamente de cardenillo, el salvaje de Caifas se encuentra con el v6mito de Falstaff, el luis de oro que sale del garito tropieza con el clavo del cual pende la cuerda del suicidado, un feto livido rueda envuelto entre lentejuelas que bailaron el mártir del último carnaval en la Ópera, una toga que ha juzgado á los hombres se revuelca junto á una podredumbre que fué la falda de Margoton: aquello es más que la fraternidad, es el franco y descarado tuteo. Todo lo que se acicalaba se embadurna. El último velo se arranca. Un sumidero es un cínico. Todo lo cuenta.

Esta sinceridad de la inmundicia nos agrada y sirve de reposo al alma. Cuando se ha pasado el tiempo en sufrir sobre la tierra el espectáculo del gran tono que suelen darse la raz6n de Estado, el juramento, la sabiduria política, la justicia humana, las probidades profesionales, las austeridades de situaci6n, las togas incorruptibles, es un consuelo el entrar en una cloaca, y ver allí el fango que tan bien les cuadra.

Al mismo tiempo, todo esto es una enseña. Lo hemos dicho hace poco, la historia entera pasa por esas sucias alcantarillas. Las Saint-Barthélemy se filtran allí gota á gota entre sus losas. Los grandes asesinatos públicos, las carnicerías políticas y religiosas atraviesan ese subterráneo de la civilizaci6n y arrastran allí sus cadáveres. Para la vista y para la imaginaci6n del hombre que sueña todos los homicidas históricos están allí, arrodillados en aquella horrible penumbra, con un fragmento de su sudario puesto por mandil, haciendo la lúgubre purificaci6n de sus propias obras. Allí se hallan Luis XI con Tris-

tan, Francisco I con Duprat, Cárlos IX con su madre, Richelieu con Luis XIII. Louvois, Letellier, Hebert y Maillard están allí tambien raspando las piedras y afanándose por hacer que desaparezca la huella de sus acciones. Bajo aquellas bóvedas subterráneas óyese la agitada escoba de todos estos espectros. En aquel paraje siniestro la enorme fetidez de las catástrofes sociales. En algunos rincones distingüense ciertos resplandores rojizos. Corre allí un agua terrible, donde se han lavado manos ensangrentadas.

El observador social debe de entrar en esas sombras, las cuales forman parte de su laboratorio. La filosofía es el microscopio del pensamiento. Todo quiere huir de ella, pero nada se la escapa. Inútil es toda tergiversacion. ¿Cuál es el lado de sí mismo que uno muestra tergiversando? El lado vergüenza. La filosofía persigue, con su mirada bondadosa, el mal, y no le permite evadirse en la nada. En el oscurecimiento de las cosas que desaparecen, en el apocamiento de las cosas que se desvanecen, lo reconoce ella todo; y reconstruye la púrpura con arreglo al andrajo y la mujer conforme á los trapos. Con la cloaca, rehace la ciudad; con el cieno, rehace las costumbres. Del simple tiesto concluye en el ánfora ó en el cántaro. Por una marca ó raya hecha con la uña en un pergamino, reconoce ella la diferencia que separa á los judíos de la Judengasse de los judíos del Ghetto; y en lo que queda encuentra lo que hubo; el bien, el mal, la verdad, la falsedad, la mancha de sangre del palacio, el borron de tinta de la caverna, la gota de sebo del lupanar, las pruebas sufridas, las tentaciones bien inspiradas, las vomitadas orgias, el pliegue que han hecho los caracteres que se abajan y se doblegan, las trazas de la prostitucion en las almas cuya grosera naturaleza las hacía capaces de ella, y la señal del codazo de Messalina en la chaqueta de sportilleros de Roma.

III

BRUNESÉAU

En la edad média, las cloacas de París eran asunto legendario. En el siglo diez y seis, Enrique II probó á hacer en ellas un sondaje, que abortó completamente. Hace ménos de un siglo, las alcantarillas se hallaban abandonadas á sí mismas, segun afirma Mercier. y venian á ser lo que podian.

Tal era aquel antiguo París, entregado á las querellas, á las indecisiones y á los tanteos. Durante mucho tiempo fué bastante estúpido. Más adelante, 1789 demostró cómo viene el talento á los pueblos. Pero, en las antiguas edades, la *capital* tenia muy poca cabeza; no sabía hacer sus propios negocios, ni material ni moralmente; sin que ella fuera más apta para barrer las basuras que para barrer los abusos. Todo hallaba obstáculo, todo promovía una cuestion. La cloaca, por ejemplo, era re-

fractaria á todo itinerario. No era más fácil orientarse en las alcantarillas que entenderse en la ciudad; arriba lo ininteligible, abajo lo inextricable; bajo la confusion de las lenguas habia la confusion de las cuevas; dédalo reforzando á Babel.

Á veces, á la cloaca, al sumidero de París, se le antojaba desbordar, salir de madre, como si ese Nilo desconocido se viera súbitamente atacado de un acceso de ira; y entónces habia, ¡cosa infame! inundaciones de cloaca. En ciertos momentos, aquel estómago de la civilizacion digería mal, el grande albañal refluía en la garganta de la ciudad, y París experimentaba el desagrado de repetirle en el paladar el mal sabor de su fango. Esta semejanza de la cloaca con el remordimiento tenia algo bueno; era como un aviso, que, por lo demas, no se recibia muy bien; indignándose la ciudad de que su lodo tuviera tanta audacia, y no admitiendo que la basura volviese á ella, por ningun concepto. Arrojadla mejor.

La inundacion de 1802 es uno de los recuerdos actuales de los parisienses de ochenta años. El fango se derramó cruzándose en la plaza de las Victorias, donde está la estatua de Luis XIV; entró en la calle de Saint-Honoré por las dos bocas de alcantarilla de los Campos Eliseos; en la calle de San Florentino; en la calle de Pierre-à-Poisson por la alcantarilla de la Sonnerie; en la calle de Popincourt por la alcantarilla del Chemin-Vert; en la calle de la Roquette por la alcantarilla de la calle de Lappe; cubrió la gran losa de la calle de los Campos Eliseos, hasta una altura de treinta y cinco centímetros, y al sud, por el vomitorio del Sena que funcionaba en sentido inverso, penetró en la calle Mazarine, en la calle del Echaudé, y en la calle de los Marais, donde se detuvo en una longitud de ciento nueve metros, precisamente á pocos pasos de la casa que habia habitado

Racine, respetando, en el siglo diez y siete, al poeta más que al rey; y alcanzó su máximum de altura en la calle de Saint-Pierre, donde se elevó á tres piés sobre el nivel de las baldosas de la gárgola, y su máximum de extension en la calle de Saint-Sabin, donde se derramó en una longitud de doscientos treinta y ocho metros.

Á principios de este siglo, las cloacas de París eran aún una mansión misteriosa. El lodo no puede nunca disfrutar de buena fama; pero aquí la mala reputacion iba hasta inspirar un verdadero terror. París sabia confusamente que debajo de él habia una cueva terrible. Hablábbase de ella como de aquel monstruoso bañil de Thébas donde abundaban las escolopendras de quince piés de largo, y que habria podido servir de bañadero á Behemoth. Las grandes botas de los poceros no se aventuraban nunca más allá de ciertos puntos conocidos. Todavía estaba muy cercano el tiempo en que los carros de la basura, desde encima de los cuales confraternizaba Sainte-Foix con el marqués de Créqui, se descargaban sencillamente en la alcantarilla. Por lo que hace á la limpieza, confiábase esta funcion á las lluvias, las cuales, más bien que barrer, obstruían. Roma dejaba aún alguna poesía á su cloaca, y la llamaba Gemonias; París insultaba á la suya, y la apellidaba el Agujero hediondo. La ciencia y la supersticion se hallaban de acuerdo para el horror. El Agujero hediondo no repugnaba ménos á la higiene que á la leyenda. El fantasma se habia fecundado bajo la bóveda fétida de la alcantarilla de Mouffetard; los cadáveres de los Marmousets habian sido arrojados á la alcantarilla de la Barillerie; Fagon habia atribuido la terrible fiebre maligna de 1685 á los grandes efluvios de la cloaca del Marais que permaneció abierta hasta el año de 1833 en la calle de San Luis, casi en frente de la muestra del Mensajero